

FORD Y LA DERECHA DE LA DERECHA

EL Presidente Ford ha sido duramente criticado por la derecha de su país por haber firmado los principios de Helsinki. Se le acusa de «concesiones». Al mismo tiempo, la extrema derecha de los Estados Unidos ataca a Kissinger. La frase «Is no more a jew and not yet an american» («Ha dejado de ser un judío y no es aún un americano») le ha recibido en Israel, y ha hecho fortuna: se repite en los Estados Unidos. La derecha, en Estados Unidos, es una derecha de la derecha y se alimenta de numerosas frustraciones: la derrota en Vietnam, la caída de sus prohombres en el escándalo de Watergate —Nixon, Agnew...—; el poder de la prensa, que ha movilizado durante años los dos temas —Vietnam y Watergate—; la desafección de la juventud a los grandes enunciados —una desafección que comienza hace muchos años, con «beatniks» e «hippies», y que se prolonga con los incidentes estudiantiles y, ahora, con una especie de nihilismo abandonista— y, en el exterior, los tirones independentistas de muchos países.

ESTE sentimiento de frustración se multiplica al tener en cuenta un factor que les parece decisivo: los Estados Unidos están en pleno uso y poder de la fuerza. De la fuerza, se entiende, militar. Por deformados o tendenciosos que sean los informes sobre el balance de armamentos en el mundo, siempre se advierte en ellos que la superioridad de las armas está en el platillo de la balanza de los Estados Unidos. Entonces les es difícil comprender que, gozando de una situación histórica que siempre ha ido acompañada del predominio, sus ideales se van continuamente reduciendo. En otras ocasiones históricas se ha producido un espejismo similar. En Alemania —1918— se elaboró la idea de la «cuchillada en la espalda», sobre la base de que los políticos habían entregado al país cuando los ejércitos se consideraban en plena disposición de luchar. Se sabe la continuación: cayó el régimen Imperial, se estableció la república de Weimar y en ella fermentó nada menos que el nazismo. El nazismo, en la segunda guerra, no pudo ya firmar una paz posible que hubiese salvado vidas y ciudades, porque creyó hasta el último momento en la resistencia. Produjo la mayor derrota histórica del mundo. Otra situación semejante, con menos resonancia, y desbaratada, fue la del Ejército secreto francés, la OAS, que entendió que Argelia se perdía por los políticos, que ya habían dejado perder Indochina. De no haber sido un militar del prestigio mítico de De Gaulle el que se enfrentase con la OAS, Francia hubiese sufrido una alteración de régimen. Imaginar lo que podía haber sido la revuelta de la OAS enfrentada por un gobierno como el de Mendes-France es enormemente fácil.

EN aquellos dos casos se trataba de espejismos. La derrota de Alemania en 1918 estaba realmente hecha, y el abandono de Argelia por Francia era inevitable. No está tan claro que en el caso de los Estados Unidos se trate de un espejismo de esa especie. Es decir, que la derecha de los Estados Unidos tiene elementos de juicio suficientes como para suponer que la derrota de Vietnam la han producido los políticos, y que los políticos han producido situaciones que han culminado en los cuasi reconocimientos de Cuba y de China, y en esta



paz de Helsinki por la que se ven obligados a admitir una situación fronteriza de posguerra que, según ellos, favorece a la URSS. En otras palabras: creen que si Estados Unidos no hubiesen sido complacientes —como dicen— y se hubiesen erguido sobre sus armas de guerra, la situación del mundo sería hoy distinta. La racha vendría desde el cambio de política de Kennedy. Que lo pagara con su vida —en tanto haya investigaciones concluyentes, y no las hay, se puede admitir que Kennedy fue asesinado por la aceptación de la coexistencia— y todos los

esfuerzos realizados desde entonces, aun incluyendo el asesinato de Dallas, han sido inútiles: apenas respiros temporales, apenas sensaciones, como la efímera de Johnson o como la arrastrada y amarga vida política de Nixon. El propio Ford, surgido del fondo de la derecha más arcaica, viejo guerrero frío, admirador de Nixon —y no ya del último Nixon, sino del primero, del protor de la guerra fría cuando era vicepresidente con Eisenhower—, culmina ahora lo que muchos llaman «traición» al firmar en Helsinki.

ES a esta derecha, tan repleta de votos, a quien Ford se ha dirigido tocado con el gorro de la American Legión —ex combatientes asociados que se consideran en activo permanente— para decirles que la reducción de tensión es sólo una forma de diplomacia, pero que no implica que el esfuerzo militar se vaya a reducir: ni a retirar bases, ni a dejar de fabricar armamento atómico, ni a experimentar con nuevas armas. Portugal ha sido su metáfora esencial, como lo es en todas las discusiones políticas del mundo, exteriores o interiores. Kissinger había hecho ya la advertencia (véase el número anterior de TRIUNFO) de que Portugal es un aliado y un viejo amigo, y Ford ha renovado en términos más duros su intención de «preservar la libertad» en Portugal como advertencia a la URSS por si ésta quería ser «pescadora de aguas turbias», según su frase. El hecho de que estas palabras coincidan con severo artículo de la «Pravda» utilizando igualmente la metáfora de Portugal, se entiende como una nueva tensión entre la URSS y los Estados Unidos. Venimos desde hace algún tiempo señalando la existencia de una segunda guerra fría, y cada vez parece que se abre más esa posibilidad. La «Pravda» no vacila en acusar directamente a los Estados Unidos y la OTAN, sino que incluye a China en la cuestión, aplicada directamente a Angola: «Las fuerzas imperialistas y sus aliados de Pekín intentan encender una guerra civil en Angola. (...) No es por azar por lo que han aparecido grupos separatistas en las Azores, donde está situada, en Lajes, una base militar americana. Estos días pasados, Pekín ha comenzado también sus ataques directos contra los comunistas y los demócratas portugueses».

PROBABLEMENTE a la URSS le preocupan aún más las cuestiones de África y de las Azores que las del mismo Portugal. En Moscú se sabe, sin duda, que los Estados Unidos y la OTAN no van a permitir la instalación del comunismo en Portugal, y que si ésta sobreviniese podría enfrentarse sin tardar mucho con una «situación chilena». Y probablemente saben algo más, algo que probablemente la derecha de los Estados Unidos —repetimos, la derecha de la derecha— trata de no saber, o de no creer: que por encima del Helsinki están los acuerdos mutuos de zonas de influencia. Los verdaderos grandes intereses de Estados Unidos no temen la «détente» porque está hecha con la suficiente seguridad: la desean, porque permite una expansión económica y una apertura de mercados que, de otro modo, no tendrían, porque permiten una seguridad de maniobras en Asia —se ha cambiado Vietnam, rido de desastres y de gastos inmensos, por la amistad de China, con poderosas implicaciones económicas y por sus posibilidades de alianza en un momento determinado frente a la URSS— y porque va en el sentido de las sociedades actuales.

PERO no son los grandes intereses los que forman la derecha de la derecha. El dinero es hoy liberal en todas partes: está estructurada la economía de tal manera que un cierto liberalismo de costumbres y de formas políticas forma parte de los intereses del gran capitalismo. Las bolsas de todo el mundo se asustan y se contraen inmediatamente ante las posibilidades de endurecimiento. La derecha de la derecha está formada por grupos ideológicos escasos pero potentes. Tienen los suficientes resortes como para poder presionar. En momentos determinados, la Casa Blanca parece plegarse a ellos —como en el acto de la American Legion, como en algunos discursos y enfrentamientos—, pero en los casos decisivos se vuelve atrás. Por eso se produce este misterio histórico de que, a pesar de los cambios de Presidente y de la acumulación de la fuerza, la derecha de la derecha pueda seguirse sintiendo frustrada cada día. La simetría es igual, naturalmente, en la URSS, aunque tenga pocas oportunidades de expresarse con la claridad de los Estados Unidos.

LOS principios de esta segunda guerra fría están ya establecidos. Irán probablemente en aumento. Un renacimiento general de la derecha en Occidente se produce al mismo tiempo que una radicalización de la izquierda. Este movimiento está destinado a durar poco: un año, dos, cinco... Quizá menos. En medida histórica no es apenas nada. Después, cierta naturalidad de la dinámica de vida volverá a ocupar su ciclo. ■

ONU

El veto de los Estados Unidos a los Vietnam

● Por primera vez en la historia de las Naciones Unidas, los Estados Unidos han opuesto su veto a la admisión de dos nuevos países: Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. Su postura ha sido tan radical, que se han quedado prácticamente solos en el Consejo de Seguridad: de los quince países miembros del Consejo —cinco permanentes, los demás rotativos—, sólo uno se ha abstenido, los otros trece (incluyendo los grandes aliados occidentales de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña) han votado a favor de la admisión. El voto negativo único, de los Estados Unidos, tiene carácter de veto.

Los dos Vietnam han decidido, por ahora, continuar su vida histórica por separado, aunque se mantengan unidos por lazos estrechos. ¿Cuál es la razón? No está suficientemente clara. Por una parte, se supone que es una táctica de pura conveniencia, la de actuar como dos países en lugar de uno solo, y que ello puede, además, dar confianza a otros países de Indochina que temían verse absorbidos por una unidad peninsular donde se perdiera su nacionalidad. Por otra parte, se dice que hay diferencias políticas y administrativas importantes entre

el fragmento del país —el Norte— que tiene un régimen establecido desde hace muchos años y el otro fragmento, el del Sur, que acaba de instalar su poder revolucionario y tiene que adaptar a él —o adaptarse a él— a un país que ha desarrollado otras características sociales y mentales durante los años de la ocupación americana. De hecho los dos Vietnam están actuando como países distintos, y Hanoi y Saigón ejercen enteramente sus capitalidades respectivas. Los dos países pretendieron el ingreso en las Naciones Unidas y su candidatura fue presentada por un grupo de naciones, entre ellas Francia, que mantiene con la península indochina relaciones de antigua colonizadora que han dejado atrás idioma, religión, costumbres y muchos amigos.

Simultáneamente se presentó en las Naciones Unidas otra candidatura: la de Corea del Sur. No así la de Corea del Norte: bien porque ésta no tenga demasiado interés actualmente en pertenecer a la ONU, bien porque tiene en mente otros proyectos (la unificación, a la larga, con el Sur). Las Naciones Unidas no sólo rechazaron esta candidatura, sino que no quisieron tomarla ▶



Al vetar la entrada de los dos Vietnam en la ONU, Estados Unidos ha tratado de evitar el ingreso de dos países cuyo voto se sumaría inmediatamente al tercer mundo y a los países comunistas. En la foto: el Ejército de Vietnam del Norte.